

## Sección 7

# Flores de la montaña: historias de vida

### **Dalia, la flor que un día decidió romper el pavimento**

Hoy, como es costumbre, al terminar el largo día de trabajo, me senté a agradecer la oportunidad de vivir. Frente a los paisajes montañosos del Catatumbo y el ruidoso silencio que trae la tarde, es más fácil reflexionar y preguntarse acerca de los 'qué hubiera sido'. A mis 68 años, estas dudas parecen llenar la cotidianidad de mi vida, tantas posibilidades que pudieron alejarme de la realidad que vivo y de lo que soy.

Cuando nací, Dios eligió darme por hija a unos padres trabajadores, conservadores y amorosos en cuanto su moral se los permitía. Crecí rodeada de abrazos espinosos y de regaños que sabían a amor. Hoy reconozco que dieron lo mejor de lo que tenían en sus manos, aunque eso significara ver morir muchos de sus sueños y de los míos. Desde que comencé a crecer fui útil para ellos, asumí roles del hogar que sé que no debía, pues nadie a sus 6 años debería estar actuando y tomando responsabilidades de un adulto como lo es la crianza de mis siguientes hermanos.

Esperé muchos años que este trabajo fuera recompensado por lo menos con educación; salir de la casa a aprender era uno de mis anhelos. Yo veía a los vecinos caminar a la escuela de la vereda, pero yo no tuve esa oportunidad, me la negaron porque, en palabras de mi papá, en la casa había cosas por hacer. Nunca pude decir lo que quería porque, aunque gritara, mi voz nadie la escuchaba. Estuve durante años esperando en qué momento esto cambiaría; mientras tanto, cuando tenía la oportunidad, me dedicaba a ser una niña feliz, a imaginarme qué hacían esas tantas personas dentro de una escuela e

imitaba lo que yo creía que podían hacer, replicaba las montañas con colores y en hojas que encontraba en mi casa, cerraba los ojos y me veía aprendiendo a escribir o a hablar como los señores que llegaban a mi casa, tan educados y bien vestidos.

Me pregunté muchas veces qué hubiera sido si me hubieran tocado otros papás o, por lo menos, si los míos me hubieran dado la oportunidad de elegir qué ser. Tal vez, hoy mi historia fuera otra, mis decisiones no habrían errado tanto y no habría callado frente a tanta injusticia.

Crecí aceptando una realidad: sería lo que mi mamá me había enseñado, la mujer que madruga, cocina, arregla, limpia, hace, teje, pero nunca dice. El hombre manda en toda circunstancia y nuestro rol se limitaba siempre a aceptar mandatos, a agachar la cabeza y obedecer. Así fue siempre, y así me enseñaron que debía vivirlo. Sin embargo, en el fondo de mi corazón esperaba que fuera lo contrario, añoraba el día de tener mi esposo, y que esto significara un paso a la libertad. Al tener mi casa, tal vez alguien me escucharía, tal vez por fin decidiría algo sobre mí, tal vez podría educarme.

Un día llegaron unos vecinos nuevos a la vereda. Mi papá, como de costumbre, fue a saludarlos y darles la bienvenida. Al caer la tarde, volvió a casa con buenas nuevas: los nuevos traían lo que, según él, era el esposo perfecto para mí. Junto con mi mamá consideraron que yo, a mis 13 años, ya estaba preparada para enfrentar un hogar y que él, 10 años mayor que yo, era la persona correcta para cuidarme y darme una mejor vida. Yo les creí; era mi papá, yo era su primera hija, no tomaría decisiones apresuradas. Yo sabía que me amaba y que me daría a la persona que su corazón dijera. Yo creo que lo hizo como él consideraba mejor, y aunque yo hubiera preferido esperar para dejar de ser una niña, no pude cambiar la situación; así fue como, en menos de seis meses, ya estaba frente al cura tomando por esposo a quien yo confiaba cambiaría la realidad de mi vida.

Así empezó mi matrimonio. Nos fuimos a vivir cerca de la finca de nuestros padres, y era el momento de empezar a construir la nuestra. Aunque no todo fue como soñé, las cosas no iban mal. Yo sabía

ser esposa y él cumplía con lo que debía, seguro por su edad y por ser una generación distinta a la de mi papá. Mi esposo solía ser más dócil y entendido conmigo, lejos de lo que había visto ser a mi papá con mi mamá.

Yo sabía que aún era joven, aunque realmente era una niña, por lo que incansablemente le daba opciones de tiempo, de trabajo, prometía cumplir con todo lo de la casa, pero quería que esta vez fuera mi oportunidad de salir y conocer el mundo a través de la educación. A unos 10 minutos de la casa estaba la escuela; yo podía ir y seguir siendo la esposa ejemplar. En la casa no había niños por cuidar y el trabajo era mucho más reducido. Tenía todo para hacerlo, lo que nunca tuve fue un esposo que me entendiera y me diera el sí. Él había estudiado antes de llegar a la vereda, él sabía que yo era demasiado buena en la casa como para permitirme tener las herramientas académicas para reconocer lo que él hacía mal. Entonces solo siempre escuché mil excusas: si me dejaba estudiar, tal vez mi papá creería que iba en contra de su crianza, o la vereda diría que él se dejaba manipular por mí, o simplemente en la escuela yo iba a conocer a alguien más y lo iba a dejar, como a veces sucedía. Y aunque yo sabía que nunca mis intenciones de estudiar estuvieron enfocadas en otra persona diferente a mí, él lo creía así, y sus respuestas a mi petición fueron cada vez más explosivas, hasta que, la última vez, un golpe en la cara me hizo callar y aceptar que, una vez más, tampoco iba a ser mi momento.

Hoy discuto conmigo misma: si la mujer que soy hoy pudiera volver a hablar con esa niña, le diría que corriera, que luchara más por ella que por lo que los demás querían, o qué hubiera sido de mi matrimonio si yo hubiera tenido la oportunidad de ir a esa escuela. Tal vez no me habría silenciado frente a tantas faltas de respeto, o simplemente me pregunto si seguiríamos juntos.

Con los años llegaron los hijos, me había convertido en mamá a los 14, enfrentando la maternidad como toda una experta. Y así llegaron dos más, no tuve que fingir jugar con ellos, era lo suficientemente pequeña para que hacerlo me gustara, pero fue cuando esto sucedió que entendí que ya no había más opción para mí, que la educación

ya era un sueño inalcanzable, que debía amar la realidad que vivía y acoplarme a ella, educarme de las vivencias y ser tan buena persona como mi mamá.

Ser mamá es un trabajo que, aunque trae momentos hermosos, nos ayuda a crecer y a ser fuertes; nos hace más susceptibles, más dolientes, más sensibles. Es así como la guerra más adelante trajo complicaciones al hogar; una de mis tres hijas, a causa de los paramilitares, tuvo que salir del hogar. Ella solo era una niña bonita y ellos solo querían cosificarla y usarla como objeto; sufrió muchos acosos al punto que, junto con mi ayuda, tuvo que huir de su hogar, de su lugar seguro, que por unos hombres dejó de serlo.

En una vida rodeada de machismos y misoginia, yo crecí sabiendo que no lo merecía, aceptando lo que vivía y cerciorándome de no repetir el dolor con mis hijas. Más adelante, en las vueltas de los caminos de la vida, conocí espacios de participación que me permitieron ser junto a otras mujeres, aprender de ellas, deconstruir la imagen de odio que tenía por las personas que habían truncado mi destino, abrazarme en mis procesos y sanar. Hoy solo me gustaría dejar el mensaje a las nuevas generaciones, a las mujeres decididas a cambiar lo que la sociedad les impuso como plan de vida y a crear el propio suyo: que estudien todo lo que en sus manos sea posible, que atiendan las oportunidades para capacitarse para que así aprendan a valorarse, a respetar y a, sobre todo, exigir respeto en los momentos y tiempos que se deben.

### **Acacias: la mujer que emprendió para liberar**

Desde niña supe para qué fui creada. Fui una niña como la gran mayoría; mi mayor preocupación era cumplir con todas las tareas, jugar en el colegio y llegar a casa para estar con mis papás. Durante el día, todo brillaba mejor; a veces podíamos estar tranquilos, pero cuando menos lo esperábamos, el colegio se convertía en un lugar de caos. Las explosiones alrededor nos intimidaban, nos dejaban al descubierto; solo éramos unos niños con miedo.

Cuando llegaba la noche era casi una ley: conforme pasaban las horas, el pueblo quedaba más desolado. La noche siempre daba miedo, pero nunca por los típicos fantasmas; por la calle podían correr hombres con ansias de vidas, no de vivirlas, tal vez de quitarlas.

Nunca le temí a alguien en específico, nunca me dijeron a quién debía tenerle miedo. Solo siempre escuché lo que todos me recalaban: violencia, muertos, guerrilla. Eran palabras que no entendía, pero que por los comportamientos del resto sabía lo que podían significar. Al final, sabía qué hacer, o más bien, qué dejar de hacer, con quiénes no estar, a qué hora no salir, sobre qué cosas no hablar.

Crecer en el Catatumbo tiene sus complicaciones. Enfrentarse a la dura adolescencia de no saber quién se es en una sociedad que no te permite ser porque está coaccionada por el miedo y la violencia, no es tarea fácil. ¿Cómo se sabe quién es uno dentro de un pueblo silenciado? Nadie tiene opinión acerca de nada, menos uno, que por ahí creía en las cosas que los papás les decían. No se podía replantear lo que se vivía, no había un modo de cambiarlo; además, quien pensara distinto no tenía nunca un final feliz. Si alcanzaba a irse del pueblo a tiempo, tenía mucha suerte.

No crecí tranquila, pero crecí como debía. Aprendí lo necesario y construyeron en mí lo que soy ahora. No tuve las mayores oportunidades; si bien es difícil dentro de una sociedad violentada, más lo es si no se cuenta con todos los recursos necesarios. Me la tuve que luchar más que el resto para lograr las cosas. Durante el colegio buscaba la forma de emprender, de que no les quedara tan difícil a mis papás sostenerme, porque yo lo podía ver en casa, no era fácil darle lo suficiente a cuatro hijos. Yo quería estudiar y lo logré, me gradué del colegio sin pleito alguno, con muchas luchas y mucho agradecimiento.

A la hora de hacer la formación superior, no fue distinto; al contrario, exigía de mí una entrega mayor. Mis emprendimientos caseiros no eran suficientes, por lo que tuve muchas veces que cerrar y volver a empezar, pero con la meta clara de lograr ser alguien en la vida. Fue así como pude ser tecnóloga y, de hecho, como logro cursar

mi carrera universitaria. Me di cuenta de que en esta región es muy difícil para la mujer salir adelante; la brecha laboral es muy amplia. Se me cerraron las puertas más de una vez y tuve que encontrar la forma de hacerlo todo por mis medios, cosa que nunca vi con mis hermanos. Para ellos fue fácil cambiar de empleo y encontrar opciones; yo siempre recibí un "usted es mujer, no puede con esto", como si fuera incapaz, como si el mundo no estuviera hecho para que yo viviera. Es muy extraño: siempre tuve unos papás que creían en mí, un hogar que me recordaba que podía con todo, pero al salir de la burbuja, nunca se sintió así. ¿Me mintieron en mi casa? Lo dudo, pero la sociedad sí intentó mentirme, intentó convencerme de no poder; lo intentaron conmigo y con muchas mujeres que conocí.

Durante años escuché muchas historias así, vi abuelas, tías y madres esclavizadas a cocinas y casas, con muchos sueños por dentro y sin herramientas para cumplirlos, con esposos explotadores y sociedades opresoras que las calificaban como útiles siempre y cuando cumplieran con las cosas impuestas a su rol, porque el trabajar era ser rebelde y tener una economía fuera de la de un esposo era un pecado. Y cómo no, si nos daría las llaves para poder decidir. Yo no pensé que viviría lo mismo, apenas tengo 22 años, soy de otra generación, creí que todo había avanzado, pero si se trata de roles de género, parece que no han pasado los años. La mujer en la casa solo porque sí, sin lugar a decidir o simplemente preguntar. Nos acostumbramos a una realidad dolorosa y, aunque realidad, por lo menos para mí, nada cómoda.

Es así como en una noche de dolor y angustia por esta realidad, pensé que, aunque no tenía todo lo necesario, era posible encontrar una forma de cambiarla por lo menos un poco, por lo menos arreglar la de las mujeres cercanas a mí. Pensé en unir mis dos sentimientos más grandes, el amor por emprender y trabajar, y el dolor porque muchas mujeres se encasillaban en roles impuestos. Emprender y ser un grito de resistencia y rebeldía al machismo era posible. Entonces me rodeé de mujeres que me inspiraran, que compartieran mi sentir y que me llenara de orgullo trabajar con ellas. Empecé con mis

amigas cercanas, a hablar con ellas, a demostrarles lo que yo pensaba y lo que consideraba mejor para nosotras. Hablé con mi mamá, le toqué el tema a mi abuela. Juntas empezamos a crear pequeños emprendimientos y ganancias suficientes para el solo mantenimiento de este.

Con mucho esfuerzo, en menos de dos años ya éramos toda una asociación. Fuimos creciendo poco a poco, paso a paso, logrando lo que somos hoy en día: cerca de 50 mujeres del municipio de Convención, mujeres víctimas del conflicto, de la sociedad violenta, en situaciones vulnerables que las obligaron hace mucho a dejar de soñar, pero que en la asociación encontraron una nueva oportunidad. La oportunidad de emprender, de empoderarse, de que se identifiquen con lo que hacen, de que amen su labor y puedan disfrutar de una libertad económica creada por y para ellas, que las aleja de la opresión machista. Es importante para mí ver cómo cada mujer vive su proceso y cada vez se aleja más del pasado doloroso, del rol que las obligaba a ser lo que otros querían. Esto las ayuda a entender que no importa la edad, ser mujer y buscar los sueños es un acto de resistencia y es posible.

Busco cambiar la vida de muchas mujeres, que la cultura de desigualdad laboral sea solo una historia, que el calificativo de que la mujer existe por y para la casa sea un cuento para que nuestras hijas sepan lo que superamos, que nuestro empoderamiento llame a más mujeres, que nuestro trabajo nos haga libres, que seamos conscientes de nuestro papel fundamental en la sociedad, que somos importantes en la calle, en la casa, en el trabajo; nuestras acciones valen y marcan cambios en la sociedad.

Quiero llevar el mensaje a las mujeres catatumberas, a las mujeres hijas de la violencia, fuertes por obligación: un mensaje de reconocimiento a nuestra libertad de decir que NO, porque podemos solas y no necesitamos de nadie más.

## **Hortensia, cuando es necesario volver a la semilla para florecer una vez más**

Nadie dijo nunca que la niñez en una familia sin recursos fuera fácil, pero yo siempre fui muy feliz: jugando entre los cultivos de mis papás, con el sonido de los pájaros en la madrugada y al atardecer, compartiendo con mis hermanos y corriendo por los campos, sabiendo que el único peligro era algún animal. Aun así, crecí con el deseo en mi corazón de irme, de buscar las ciudades que escuchaba en la radio. Eso sonaba muy bonito; tal vez desde allá podría traer más dinero para darle a mis padres, para que no tuvieran que repartir la comida o llorar por no poder darnos lo que ellos querían, como muchas veces tuve que ver.

Así pasó mi infancia. Con mucho trabajo logramos terminar el quinto de primaria en la escuela y dedicarnos a los cultivos del campo el resto de los años mientras crecíamos. Las cosas se fueron arreglando un poco; año tras año, se necesitaba más trabajo y los cultivos eran mejores. No éramos millonarios, pero nos teníamos como familia y así funcionábamos bien.

A los 18 años decidí buscar un nuevo rumbo, salir de la vereda e irme a Convención a trabajar, y así lo hice. Trabajé en algunas casas de familia y completé mis estudios para graduarme como bachiller. En estos caminos de la vida conocí a quien es mi esposo; a los 20 años nos casamos en la parroquia del parque principal y comenzó la aventura de crear una familia. No tuvimos hijos tan rápido. A los cinco años de casados, en 1984, llegó el mayor. La felicidad inundaba nuestra casa, éramos un hogar funcional, amoroso, dábamos la vida por nuestro hijo, hacíamos hasta lo que no imaginábamos para que él estudiara y estuviera bien. Todo empezó a existir en función de él. Mi sueño de salir a la ciudad se esfumó; yo lo tenía todo: un hogar feliz, un hijo que amaba y un empleo que, entre malo o bueno, funcionaba y nos permitía tener estabilidad económica en la casa.

Los años continuaron su curso. Mi hijo fue un niño feliz y, luego de siete años, le llegó compañía: quedé embarazada de un segundo varón. Nació y estuvimos más completos que nunca; nuestros hijos

eran la adoración de la familia, sus ocurrencias nos hacían la vida más bonita. Al mayor le encantaba la música y las artes, en su colegio brillaba como ningún otro, era demasiado inteligente; con solo siete u ocho añitos, sabía cómo funcionaba el mundo y nos sorprendía cada vez que tenía algo por decir. El segundo era un bebé amoroso y risueño como él solo sabía serlo.

Así vivimos con esa plena felicidad hasta 1999 o 2001, cuando por la radio empezaron a escucharse ruidos extraños, la gente murmuraba cosas horribles. En pueblos aledaños sucedían cosas inimaginables; personas habrían llegado a acabar con la paz y tranquilidad de muchos hogares. Tuvimos miedo, pensamos en nuestros hijos, apenas estaban creciendo, el mayor en su peor época, era un adolescente como todos, necio y rebelde. Fueron años trágicos. De ahí en adelante, solo se escuchaban noticias de muertos, tras muertos; la zozobra inundaba las calles por completo. Se salía estrictamente a lo necesario, las noches eran más silenciosas que nunca, pero un silencio ruidoso, miedoso. Al despertarnos, solo nos preguntábamos: ¿Quién habría sido anoche? Parecía una película de terror, corriéndole a gente que no conocíamos, que no sabíamos lo que querían. Recuerdo muchas muertes de personas que conocí, que sabía que tenían un buen corazón y que nunca supimos por qué les tocó a ellos. Sin embargo, una muerte en específico acabó con mi esperanza de vida en paz.

Mi hijo, el mayor, con solo 20 añitos, cayó una noche de 2004 a manos de unos sangrientos que lo asociaban con quien no debían. Yo sé que él no era malo, que seguro habló de algo que nadie le prohibió que hiciera, o estaba en el lugar y la hora equivocada. Nadie me dio razón de nada; solo la muerte vino y arrebató los sueños de mi hijo, la esperanza de mi vida y la felicidad de mi familia. Recuerdo esa tarde con la facilidad de revivir los momentos. Aunque le repetí muchas veces que por favor no saliera, él insistía: todos sus amigos irían, solo sería un cumpleaños. Me prometió estar en casa antes de la caída de la noche, y yo le creí. Era un niño bueno, con alguna rebeldía típica de su edad, pero con el corazón más noble que conocí. Él salió; a las horas dejé de preocuparme y confié en él. Pero, así como conté antes, el silencio inundó el pueblo, clásico de cuando algo pa-

saba. Yo nunca quise pensar mal, pero lo sabía, algo me lo decía, y como en las más temidas pesadillas, con una voz entrecortada y casi inentendible, escuché a mi hermana gritar el nombre de mi hijo. El grito lo confirmaba, lo que mi instinto maternal me decía nunca falló. No podría explicar lo que viví, es lo más cercano a sentir que te mueres en vida. Me arrancaron un pedazo de alma; vi cómo la vida de mi hijo pasó por mis ojos. No creía que quien fue mi luz durante tantos años hoy se oscureciera. Entré en negación y ni siquiera recuerdo lo que hi-ce. Mi esposo, en su dolor, cuenta que corrí sin tener adónde ir, pero que a mitad de la cuadra me derrumbé, y así lo sentí: se derrumbó todo lo que con esfuerzo construí. Alguien sin pudor decidió llevarse una parte de vida que nos pertenecía.

No tengo cómo definir los días siguientes. Quise gritar, reclamar, quemarlo todo, pero nada me devolvería a mi hijo; su nombre, como si no importara, solo se enlistó junto a otros que, culpables o no, también yacían sin vida. No pude disfrutar de mi casa igual, ni de su habitación, ni de sus abrazos, ni de sus promesas, ni del barrio donde tanto le gustaba estar. El dolor profundo me llevó a perderle el sentido a la existencia misma, y así renació de nuevo mi anhelo de irme. Lo hablé con mi esposo; tal vez en la ciudad podríamos empezar de cero y lograr volver a ser la misma familia, la que merecimos tener siempre o, por lo menos, durante más años.

Una tarde, como muchas familias, recogimos lo poco que teníamos, nuestros muebles y las ganas de salir adelante, y con un camión cargado de sueños, elegimos irnos a la capital. Cúcuta era una ciudad en crecimiento; nos prometía a mi esposo, a mi hijo y a mí un mejor futuro. Llegamos, buscamos un lugar donde económicamente nos pudiéramos sostener, y empezamos a hacer vida.

No fue fácil: huir de la violencia con el corazón roto, con un hijo menor de edad y enfrentarse a una ciudad es algo que no deseo vivir otra vez. Pero aun estando allí, me pregunté muchas veces por qué no lo hice antes; tal vez así mi hijo estaría aún con nosotros. Me enfrenté a ser los nuevos, a que nos miraran mal, a no saber cómo

movernos en una ciudad, a tener que irnos a un barrio de menos calidad para poder vivir. Nos enfrentamos a no pertenecer a ese lugar. Sin embargo, luego de un tiempo, logramos estar estables ahí, o eso creí. Como la vida no es un cuento hermoso, la delincuencia común empezó a hacer de las suyas y, luego de tres años viviendo allí, tuvimos miedo de nuevo; no podíamos permitirnos perder a nuestro otro hijo. Por fin la vida sonreía un poquito y parecía que quería volver a llorar. Por mi mente pasaban mil pensamientos, mil miedos; no quería volver al pueblo que me arrebató a mi hijo, no quería quedarme en un lugar que pusiera en peligro al siguiente.

Una noche, llena de incertidumbre y de dolor, le dije a Dios que por favor me mostrara qué debía hacer; de donde pertenecía ya no podía estar, y donde estaba ahora, nunca pertenecería. Es así como de Dios sentí que debía volver, y aunque me negué durante varios días a lo que sabía que debía hacer, accedí, y otra vez con mil sueños en el hombro, decidí volver a casa, volver a Convención. Lo que para muchos significaba un retroceso, para mí significaba un reto gigante, pero yo sabía que, si Dios me daba la tranquilidad de volver, debía hacerlo.

Llegar a Convención fue revivir sentimientos escondidos, pero esta vez la esperanza era más grande. Mi hijo pudo terminar su educación ahí, como siempre lo soñé; salió del pueblo a estudiar y nosotros nos quedamos, y lo vimos hacer vida y ser feliz.

Y por eso estoy hoy aquí, porque la vida se pone difícil a veces, pero tarde que temprano se acomoda. Porque ser mamá de un hijo que no está en el plano terrenal es un dolor profundo, pero la certeza de quedarme por alguna razón, actuar bien y llevar un mensaje de sanación y perdón a las demás madres me llena el alma. Ahora ayudo a aquellas mujeres que se sintieron o se sienten incompletas por la violencia, que les robó un familiar, un momento de su vida, los sueños, la paz, la vida. Vamos sanando la tierra poco a poco, queremos comenzar de nuevo, dejar atrás lo que nos hizo daño, pero cada vez aprender más de eso. Vamos siendo resilientes, soñadoras, creando

escenarios que nos permitan ver hacia atrás y recordar con amor lo que nos tiene en este lugar. Es difícil hacer esto, ni siquiera yo puedo decir que sané por completo, pero sé que es un proceso, que Dios y el tiempo se encargan de todo. Vamos paso a paso logrando cosas que jamás imaginamos, siendo ejemplo y haciendo ejemplo.

### **Tulipanes: la mujer que floreció en su identidad**

Estoy convencida de que he vivido más violencia de lo que creería que es común, más que cualquier mujer cercana a mí. Ahora estoy convencida de que la educación es el freno para que otras mujeres trans como yo, y en general, otras personas que han sido distintas como yo, sigan viviendo esa violencia.

Crecí en una sociedad preocupada por la violencia física, envuelta en el temor de ver su nombre o el de sus familiares en las listas negras. De pequeña, todo producía miedo, incluso decir quién era yo. Ante mi mínimo brote de identidad, una ola inmensa de violencia me arrebatava.

Recuerdo muchas situaciones en el colegio. Yo lo sabía, yo era una mujer, y cuando intentaba mostrarlo, solo recibía rechazos. Para las entregas de regalos o detalles, siempre quería estar con las niñas, y mil veces escuché cosas como: "Quítate de ahí, esa no es tu fila, esa es la de las niñas". O cuando quería jugar como lo hacían quienes me identificaban, siempre me decían que "ese no es juego para vos". Peor aún, culpaban mi dolor por acciones y decisiones que tomé. Aunque no tenía nada que ver, lo escuché: "Se nota que no tiene mamá, el bobo éste", "Ya va a salir con sus maricadas". Estas y miles de ofensas que, por sanar, no escribiré aquí, retumbaron en mi cabeza durante mi infancia y adolescencia.

Nunca pude ser como quise. Aparte de mis propias barreras, el mundo me impuso diez mil más. Nadie me permitió ser, explorar y desarrollarme, como el resto de los adolescentes.

El peso de una sombra de muerte no deja espacio a una comunidad para pensar en inclusión. Parecía absurdo que un comerciante, que luchaba a diario por el sustento de su familia, cuidando a quién le vendía o con quién hablaba, y que tenía que destinar parte de su ingreso a la “vacuna” que le exigían los grupos armados para salvaguardar su vida y su familia, se preocupara por crear en su local un baño donde pudieran entrar niñas como yo.

Las mujeres a mi alrededor, que apenas podían hablar cuando la sociedad machista se los permitía, jamás podrían dar una buena opinión sobre mí; de hecho, apenas podían opinar.

Fui tachada de loca, de payasa, de hacer lo incorrecto cuando yo simplemente quería ser y hacer. Entonces me di cuenta de que la gente me estaba notando, aunque fuera para burlarse, y esa era mi oportunidad para renacer, para visibilizarme y para asegurarme de que la historia no se repitiera con más personas como yo, simplemente con una magia distinta.

No es fácil ser diferente en una sociedad ocupada en salvar-se. Entonces, el único salvavidas que recibo es la educación, cuando a un territorio dolido llegan mujeres inspiradoras como heroínas, que me dicen: “Puedes ser y puedes sanar siendo”.

Me levanto con ellas, decido mirar al frente y ser parte del cambio, hacer de mi vida una historia que sea recordada. Con ellas, y con quienes nos apoyan, levantamos la voz de la inclusión y le decimos al pueblo: “De esta diferencia no te tienes que cuidar, en esta diferencia hay permiso de ser”. Hoy soy mujer, la mujer que siempre quise ser.

